

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN «UNAMUNO Y BÉJAR»

Universidad de Salamanca/Oficina del VIII Centenario y Ayuntamiento de Béjar
 José Antonio Sánchez Paso, comisario y autor de textos
 Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, marzo 2020.
 ISBN 978-84-1311-237-4.

Un poco más de cien años han transcurrido desde que don Miguel de Unamuno encaminara sus pasos hacia Béjar y, sin embargo, habíamos olvidado esa historia de idilio personal como muchas otras, anónimas o relevantes, en una suerte de barrido de la memoria a la que tan aficionados somos en esta *ciudad estrecha*. Él mismo vaticinó ese abandono declarando que «Y así cuando se haya olvidado tanto y tanto como he ido [a Béjar] perduren acaso los afectos, transmitidos de hombre vivo a hombre vivo, de unas palabras calientes que acompañadas de una mirada de hermandad metí un día, al borde del camino de la vida, en el alma de un compañero de peregrinación por ella». Cuando las vidas de aquellos que le conocieron fueron segadas por la Parca, su recuerdo se volatilizó como barrido por el viento y la ciudad, impasible, acabó engullendo aquellos afectos. En los últimos años algunos investigadores locales han ido desentrañando episodios en los que se revelaban chispazos de sus visitas y discursos a la Escuela Superior de Industrias, los mítines en el Casino Obrero o el apoyo al escultor de la tierra, Mateo Hernández. Su carácter efímero los convertía en actos extraordinarios y de paso, meras anécdotas de un puzle histórico complejo para aquellos años agitados de la ciudad industrial, pinceladas recogidas en la prensa mediante escuetas crónicas, veraneos en Candelario y alocuciones de apertura y cierre de curso en la Escuela. A fin de cuentas una vida siempre deja un rastro y la impronta de uno de los escritores más relevantes de la Generación del 98, de fama internacional, más aún.

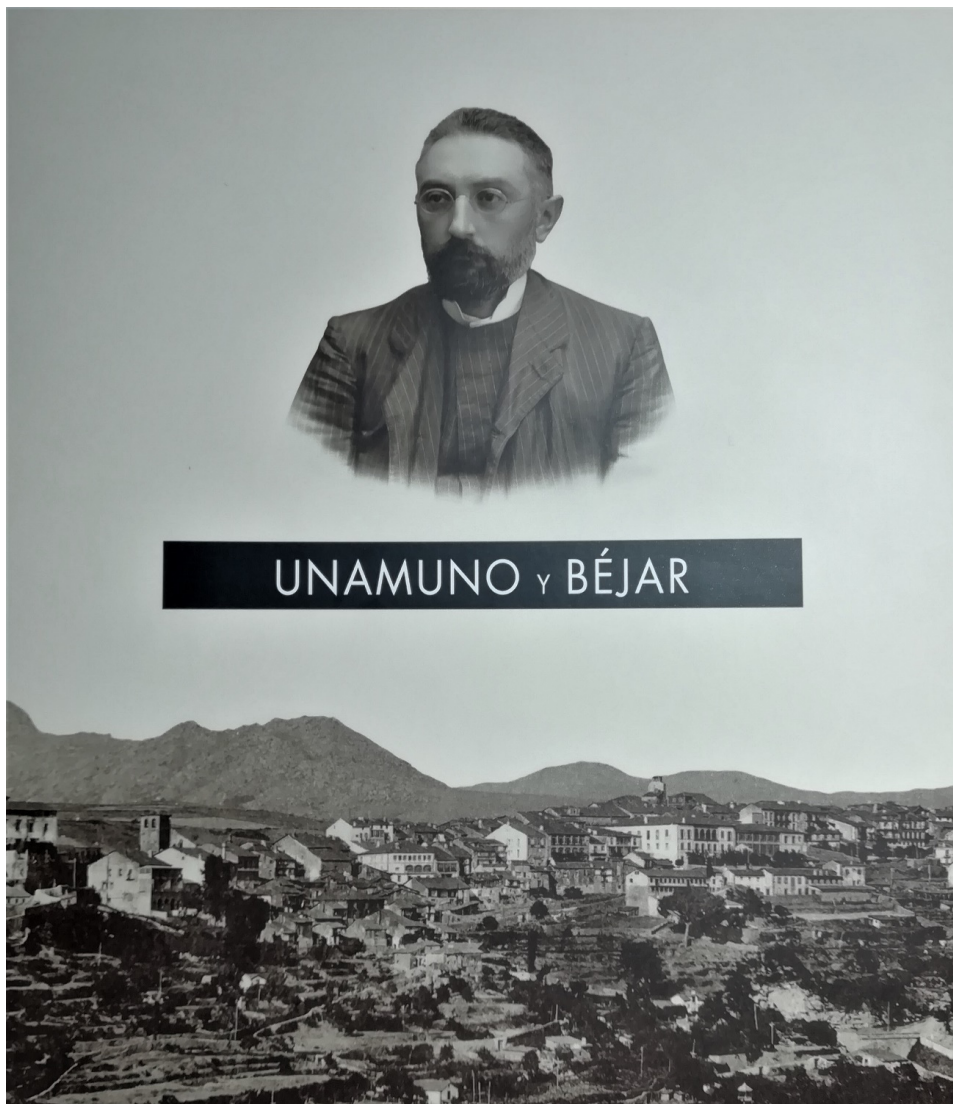
Gracias a las pesquisas de José Antonio Sánchez Paso a día de hoy podemos presumir de ser la tercera ciudad en el corazón de don Miguel de Unamuno, solo por detrás de su Bilbao natal y su Salamanca universitaria, un refugio espiritual, el bálsamo de Fierabrás para su corazón y mente atribulados. Porque Fuerteventura o París sí fueron lugares de paso, de exilio forzoso y físico a kilómetros de su tierra querida. El imán de Béjar ejercía una poderosa atracción sobre su persona desde aquel primer año, 1900, en que su mirada se posó sobre las retadoras cumbres de El Calvitero y a sus oídos llegó el indefinible *tractrac* de los telares. Cada año hasta su muerte abandonaba los claustros universitarios y el campo charro para caer en brazos de la naturaleza exuberante del Castañar al sur y de los roquedos puestos al albur de un dios ignoto de los Picos de Valdesangil al norte. A pesar del olvido algunos retazos de la intrahistoria de cada cual permanecen guardados en los trasteros, en los archivos familiares e institucionales, en cajas de lata repletas de fotografías antiguas, en cartas de letras picudas y elegantes, en recortes de prensa, testimonios dispersos que aguardan a la espera de que un investigador sea capaz de colocar cada pieza del puzle en su lugar.

«A lo largo de los siglos últimos, no ha habido un escritor ni artista de alcance nacional que haya tenido con Béjar una vinculación más estrecha, intensa y duradera que la que tuvo Unamuno», declara Sánchez Paso en su obertura del catálogo que aquí comentamos, editado por la Universidad de Salamanca/Oficina del VIII Centenario y el Ayuntamiento de Béjar. Y la pregunta suprema conlleva la búsqueda de respuestas que desentrañen la causa o causas de tal apego, las razones que le llevaron a establecer esos lazos con Béjar, sus paisajes y sus gentes, en una suerte de hechizo hasta hoy anegado de olvido. La exposición inaugurada el 16 diciembre de 2019 en el claustro alto del convento de San Francisco

de Béjar, en un día desapacible y sin embargo intenso, pretende disipar dudas en torno a esta cuestión. La articulación de la misma y de su catálogo pivota en torno a dos grandes bloques: «Unamuno en Béjar» y «Béjar en Unamuno». Porque no se podrá entender a partir de ahora su figura sin acercarse a la ciudad fabril y tampoco llegaremos a comprender la historia local de la primera mitad del siglo xx sin la referencia de Unamuno.

Tras el prólogo de la alcaldesa de Béjar, Elena Martín Vázquez; una reflexión sobre la relación entre Unamuno y su *segunda casa*, y la obertura del comisario de la exposición, José Antonio Sánchez Paso, el prólogo corre a cargo de José M.^a Hernández Díaz. Su lectura ofrece algunas de las claves de esa atracción por la ciudad industrial. «Tal vez una forma de buscar la felicidad para Unamuno era acercarse a Béjar y reconocerse en su intrahistoria», concluye. Llegar a obtener una verdad prístina y unívoca es casi imposible dada su complejidad de pensamiento, pero la labor del investigador se centra en aproximarse a sus razones, atendiendo al contexto y al momento, a su vida y su obra, a las circunstancias que lo posibilitaron. Sánchez Paso lo consigue en una exposición y en un catálogo que exponen las pruebas dispersas de sus vistas a Béjar, configurando ese puzzle que siempre, mal que pese a los investigadores, mantendrá algunas piezas ocultas.

Sin duda, los primeros acercamientos de Unamuno a Béjar fueron el resultado de su profesión. En el desempeño de su papel como rector de la Universidad de Salamanca acudió a la apertura y clausura de once cursos de la Escuela Superior de Industrias, una enseña de la educación desde su fundación como Escuela Industrial en 1852. En cada una de ellas pronunció un discurso, algunos de temas tan candentes como la importancia de la instrucción para el obrero y la mujer. Asimismo se trasladó a la ciudad textil en calidad de político, tanto en ocasión de las huelgas de 1903 y 1908 –en las que actuó como intermediador–, como en las conferencias de corte político pronunciadas en el Casino Obrero y en el mitin de la Plaza Mayor de 1931. Ahora bien, si aisláramos estos motivos las evidencias nos llevarían a pensar en un Unamuno rector, en un Unamuno político, en un Unamuno de paso. Sin embargo, se ha probado que sus vínculos con Béjar discurren hacia terrenos más privados e íntimos. Así, algunos paisanos o residentes en la ciudad presumían de amistad estrecha con el Unamuno hombre. Este es el caso de Marcelino Cagigal Valdés, director y profesor de la Escuela Superior de Industrias, en cuya casa se alojó en variadas ocasiones y con el que mantuvo una rica correspondencia. Con él se escapaba de su rutinaria vida en Salamanca, arrojaba la máscara de rector a un lado y triscaba por las trochas serranas hasta vislumbrar las lagunas o contemplar el firmamento estrellado en las cortas noches de verano. Alcanzar la cúspide de El Calvitero, contemplar el paisaje rozando el cielo con la punta de los dedos, reposar la vista en los húmedos y mullidos castaños de El Castañar, imaginar seres fantásticos en las rocas de los Picos de Valdesangil –actividad inspiradora para Mateo Hernández– representaban un descanso para su alma y su vida. Una actividad excursionista muy en boga a principios del siglo xx. Naturaleza y amistad, recuerdos de la niñez vasca en las verdes montañas bejaranas, tan próximas a su lugar de trabajo, son combinaciones que podrían explicar el apego hacia estas tierras en estancias más o menos largas, o escapadas, y que tan bien sabemos valorar hoy día después de enclaustrarnos por motivos epidemiológicos.



Pero también, qué duda cabe, Unamuno se sentía más cerca de los problemas de España en una ciudad industrial abarrotada de obreros con problemas acuciantes tales como la falta de instrucción, el analfabetismo, las precarias condiciones laborales y la pobreza. Béjar era un paradigma simbólico y fáctico de lucha por la libertad –véanse los acontecimientos históricos de enfrentamiento frente a los carlistas en 1838, la defensa de la democracia en la Revolución Gloriosa de 1868 y de los derechos de los trabajadores en las huelgas obreras– y Unamuno quería imbuirse de ese espíritu sin romper con la burguesía y las profesiones liberales y educativas. Todo ello lo encontraba en esta pequeña ciudad al sur de Salamanca, tan cercana a su lugar de trabajo. Sin olvidar que es posible que al primero

al que escuchara pronunciar alguna pincelada sobre Béjar fuera a su colega universitario Pedro Dorado Montero, catedrático de Derecho Penal nacido en Navacarros, un pueblo cercano a Béjar, con quien compartía la defensa de los derechos obreros.

Todo ello se recoge en la exposición y su catálogo, pretendiendo tender puentes aún más sólidos entre la Universidad de Salamanca y Béjar a través de una figura compartida y tan universal como Unamuno. Un total de 85 páginas recogen las pesquisas en torno a Unamuno y Béjar, incluyendo las visitas a Candelario, Becedas, Hervás o Puerto de Béjar. Sin olvidar las amistades que compartieron su querencia como Marcelino Cagigal, José María Blázquez de Pedro, Nicomedes Martín Mateos, Pedro Dorado Montero, Mateo Hernández Sánchez, José González Castro, Andrés Pérez Cardenal, Agustín del Cañizo o Filiberto Villalobos, naturales de estas tierras o embrujados por ellas. O los artistas que, animados por Unamuno, acudieron buscando la inspiración, tal es el caso de Darío de Regoyos. Y, por supuesto, la correspondencia mantenida, los testimonios de las excursiones por lugares cercanos (Las Hurdes, Guadalupe, La Vera, la Sierra de Francia), las poesías inspiradas por sus impresiones, las obras ideadas en los trayectos en tren. Fragmentos de la prensa, fotografías de la época cedidas por particulares, imágenes de correspondencia y documentos privados o alojados en archivos públicos (Archivo Municipal de Béjar, Casa-Museo Unamuno) e incluso un busto en barro cocido ilustran la exposición y su catálogo, al igual que se recogen las creaciones artísticas y literarias surgidas e inspiradas por Unamuno en el entorno bejarano, de entonces y de ahora.

Porque Béjar resultó ser su ciudad soñada en los exilios, la ciudad históricamente revolucionaria, la ciudad de la conflictividad obrera, la ciudad de la instrucción pública, la ciudad de la naturaleza, la ciudad de los recuerdos de infancia, la ciudad del descanso y los amigos, la ciudad-bálsamo a la que recurrir ante el hastío de la rutina, la ciudad en la que se podía alcanzar el cielo con la punta de los dedos, la ciudad de los pueblos hermosos como Candelario, la ciudad donde encontrar alivio espiritual a través de sus paisajes, la ciudad de las altas cumbres y metas, la ciudad de la inspiración.

«Aquí he pensado y he sentido muchas veces a nuestra España».

CARMEN CASCÓN MATAS
Centro de Estudios Bejaranos